

ciones! Los tratados son papeles; las constituciones, libros; las elecciones, combates; la libertad, anarquía;... y la vida, un tormento".

Varios de los informes políticos del Libertador, aparecidos en periódicos hispanoamericanos, fueron reproducidos por publicaciones alemanas. El "**Politisches Journal**" y la revista "**Columbus**" y "**Atlantis**", cuyos contenidos estaban casi completamente dedicados a América, registraron las manifestaciones políticas y periodísticas de Bolívar.

Fue, pues, Simón Bolívar, como dice Nucete, el director de la guerra, el director de la política y el supremo director de la prensa de Colombia, que supo y pudo colocarse en un plano de emulación, por su actividad y por la proyección de su pensamiento, con los más ilustres forjadores del destino humano.

BOLIVAR, ESTILISTA Y ALGO MAS

Jaime Mercado Jr.

Profesor Titular en Ciencias de la Comunicación,
Universidad de Antioquia.

Ningún hombre le ha dado tanto lustre a este pedazo del continente ante el resto del mundo, como Simón Bolívar. A pesar de su corta vida —saturada de privilegios pero también de dificultades— logra todo género de hazañas. Estudia, conoce gentes, otea y vence el peligro, ejerce las más altas investiduras. Este hombre que es “barro de América atravesado por el soplo del genio” al decir de Rodó, es pues un ser universal. Indiscutiblemente, como en la frase de Terencio, nada de lo humano le fue extraño.

Durante su vida, sufre tres tipos de orfandad, que acaso le sirven para templar su estro de guerrero, de estadista y de escritor. A los tres años, fallece su padre. A los nueve, su progenitora y más tarde, su esposa. Sobre este último hecho, comenta el propio Bolívar: “Miren ustedes lo que son las cosas: si no hubiera enviudado quizá mi vida hubiera sido otra; no sería el General Bolívar, ni el Libertador, aunque convengo en que mi genio no era para ser alcalde de San Mateo. . . La muerte de mi mujer me puso muy temprano en el camino de la política, y me hizo seguir después el carro de Marte en lugar de seguir el arado de Ceres. Veán pues ustedes, si ha influido o no sobre mi suerte”.

Más tarde se lo entregan a una dama, a quien apodan la “Negra” Hipólita, “hermoso tipo de su raza, inteligente, vigorosa, limpia, honesta, de carácter dulce y jovial”, según la bien traída cita del profesor Javier Gutiérrez Villegas. Luego, recibe educación con maestros privados. Primero, se lo encomiendan al licenciado Miguel José Sanz, quien emplea frente al niño una conducta equivocada. Usa métodos coactivos que a la larga, resultan contraproducentes para el alumno. “Era un chico, demasiado travieso y respondón, ingobernable y además, no aprende nada”, se quejaba Sanz. “Si no se corrige pronto no podrá sacarse nada de él”. Concluyó diciendo que se estaba ante un “niño nulo”.

A los siete años, encuentra su verdadero maestro: don Simón Rodríguez, su homónimo. Se trataba de un pedagogo de 25 años de edad, que se encontraba inmerso en las teorías de Juan Jacobo Rousseau. Con este profesor, permanecerá Bolívar hasta los 14 años. Rodríguez, según las normas de Rousseau de “ejercitar el cuerpo del estudiante, sus órganos, sus sentidos y sus fuerzas y de mantener ociosa el alma cuando fuese posible”, le hace cerrar los libros a su alumno y lo induce a que se sumerja en el gran libro de la naturaleza. Largas y fatigantes caminadas le pro-

grama. Ejercicios de natación y equitación, observación directa de los fenómenos y de las cosas, constituyen las enseñanzas de Rodríguez.

En aras de la gratitud —indefectible ingrediente de su vida y de sus actos— Bolívar le escribe una carta y en uno de los apartes le dice: “Usted formó mi corazón para la libertad, para la justicia, para lo grande, para lo hermoso. Yo he seguido el sendero que usted me señaló”.

Más tarde, emprende viaje a Madrid con el propósito de continuar estudios superiores. Allí, lo recibe su tío, don Esteban Palacios, quien tiene el privilegio de convivir con los miembros de la corte. Luego pasa a vivir al lado del marqués de Jerónimo de Ustáriz y Tovar, un gran caraqueño a quien compara con los grandes sabios de la antigüedad. Es a este último, a quien Bolívar le debe la mayor parte de lo que es. “La influencia de este varón, dice Blanco Fombona, fue decisiva para la formación, en el orden de la cultura, del aún remoto e insospechado estadista”. En efecto, éste, selecciona para Bolívar los mejores profesores de lenguas, de matemática y de humanidades. A través de lecturas escogidas, lo relaciona con los maestros universales de la literatura, la historia y la filosofía.

El estilista

Fue un estratega en el manejo de las cosas del estado y en las actividades castrenses. Pero fue también un estilista consumado, un profesional de la palabra. Este respaldo lingüístico, que le sirve de pertrecho intelectual, lo usa también para intimidar a sus eventuales enemigos o detractores. El periodismo, el discurso, la arenga, el panegírico, la proclama, la carta, el ensayo. No hubo ninguna forma, ninguna modalidad de la comunicación humana que él no hubiera empleado exitosamente para comunicar su pensamiento, para dar una orden, para censurar una conducta o para elogiarla. “Tan interesante como la actitud política es entre los talentos accesorios del Libertador, la facultad de expresión literaria”, expresa Rodó. López de Mesa, solidario con éste, anota: “Hasta en efímeras esquelas de ocasión reverberan las metáforas, entrechocan los símbolos y la frase se enciende de luz y de matices”.

Dos cualidades básicas constituyen el **leit motiv** en la prosa de Bolívar: la claridad y la solidez de su argumentación. Para ello, había abrevado en las más densas canteras de la cultura europea.

Pero no solo eso. En sus escritos es prisionero de la norma gramatical, única disciplina que cualifica el mensaje organizado. No en vano fue también discípulo de Bello. Eludía en sus escritos el hipérbaton, las incidentales y los períodos largos. En algunos casos, emplea la oración simple. Sus ideas las parcelaba con la coma, el punto y coma y el punto. En el plano sintáctico, empleaba el llamado orden lógico que también revierte en favor de la claridad. Por eso, en mensaje suyo, se lee y se capta de una vez. Aun los iletrados, podían nutrirse de sus ideas. Y es que el Libertador no escribió para las minorías sino para las mayorías. En el plano léxico, es igualmente afortunado. Ninguna impropiedad, ninguna impureza, ningún barbarismo, ninguna repetición. Muy pocos galicismos se advierten en sus escritos, a pesar de que estuvo influido, muy de cerca, de los pensadores y escritores franceses. “Siendo la palabra el vehículo de la instrucción, es de los primeros cuidados del director que la dicción sea pura, clara y correcta”, dijo en un manifiesto sobre la utilidad de la educación. Esta exhortación, la hizo suya en todo momento. Tanto es así, que en alguna ocasión se excusa ante el General Santander de la siguiente manera: “Al terminar esta carta, tendré que confesar a usted que ella no está dictada por mí y por eso, los asuntos van todos embrollados y no tienen ninguna claridad”.

Como sabía cuán endeble es el ser humano, no solía adjetivar demasiado y cuando lo hacía, evitaba el empleo del superlativo, cuya cuantía no la alcanzan los mortales.

Así mismo no era Bolívar muy dado a las citas en sus discursos y escritos. También sabía que esto es indicio de inmodestia, pero también falta de autenticidad. Y es que la autenticidad fue también su desiderátum. En todas sus intervenciones lo que aflora es su propio pensamiento, sus propios argumentos, su propio modo de ver las cosas y la vida, sus propias imágenes. Sólo en algunos casos, intercala una que otra cita, cuyo contenido en nada excede la calidad de sus ideas. Con Montesquieu, dice: “Es más difícil sacar un pueblo de la servidumbre que subyugar uno libre”. Con Rousseau, expresa: “La libertad es un alimento succulento pero de difícil digestión”. “El hombre, al perder la libertad, dice con Homero, pierde la mitad de su estirpe”.

Muestras de la prosa de Bolívar

Cuanto acabamos de expresar en el apartado anterior, se puede comprobar en estos fragmentos de algunas intervenciones suyas

recogidas en una obra titulada "Discursos, proclamas y epistolario político", cuyo autor es el profesor M. Hernández-Barba:

"Para formar un gobierno estable se requiere la base de un espíritu nacional que tenga por objeto una inclinación uniforme hacia los dos puntos capitales, moderar la voluntad general y limitar la autoridad pública; los términos que fijan teóricamente estos dos puntos son de una difícil asignación. Pero se puede concebir que la regla que debe dirigirlos es la restricción y la concentración recíproca, a fin de que haya la menor frotación posible entre la voluntad y el poder legítimo".

"Mi deber es, legisladores, presentaros un cuadro prolijo y fiel de mi administración política, civil y militar. Mas sería cansar demasiado vuestra importante atención, y privaros en este momento de un tiempo tan precioso como urgente. En consecuencia, los secretarios de Estado darán cuenta al congreso de sus diferentes departamentos exhibiendo al mismo tiempo los documentos y archivos que servirán de ilustración para tomar un exacto conocimiento del estado real y positivo de la república".

"Incapaz de alcanzar con sus armas nuestra sumisión, recurre la España a su política insidiosa; no pudiendo vencernos ha querido emplear sus artes suspicaces. Fernando se ha humillado hasta confesar que ha menester de la protección extranjera para retornarnos a su ignominioso yugo".

"He dividido la fuerza armada en cuatro partes: ejército de línea, escuadrilla, milicia nacional y resguardo militar. El destino del ejército es guarnecer la frontera. Dios nos preserve de que vuelva sus armas contra los ciudadanos! Basta la milicia nacional para conservar el orden interno".

"El presidente de la república viene a ser en nuestra constitución, como el sol que, firme en su centro, da vida al universo. Esta suprema autoridad debe ser perpetua, porque en los sistemas sin jerarquías se necesita más que en otros, un punto fijo alrededor del cual giren los magistrados y los ciudadanos, los hombres y las cosas. Dadme un punto fijo, decía un antiguo, y moveré el mundo".

"La religión es la ley de la conciencia. Toda ley sobre ella la anula porque imponiendo la necesidad al deber quita el mérito a la fe, que es la base de la religión. Los preceptos y los dogmas sa-

grados son sutiles, luminosos y de evidencia metafísica; todos debemos profesarlos. Mas este deber es moral, no político".

"El General Piar con su insensata y abominable conspiración, solo ha pretendido una guerra de hermanos en que crueles asesinos degollasen al inocente niño, a la débil mujer, al trémulo anciano, por la inevitable causa de haber nacido de un color más o menos claro. El rostro, según Piar, es un delito y lleva consigo el decreto de vida o de muerte".

El lenguaje figurado

Pero no solo se circunscribió el Libertador al empleo de ese lenguaje depurado de que ya hemos hablado. Igualmente acudía, con igual tino al manejo de lenguaje figurado, cuyo uso supone una cultura densa como la suya. Con gran propiedad empleaba la metáfora, el símil, la hipérbole, las figuras por repetición la gradación, la asíndeton y el polisíndeton. Veamos una somera muestra de su pensamiento en el que a veces oficia como poeta:

"Con todos hablo, ciudadanos. A nadie exceptúo. Cualesquiera demostraciones llenarán mis deseos pues que ellas nos han de llevar a la cumbre de la gloria".

"Tres siglos vivió la América bajo esta tiranía, la más dura que ha afligido a la especie humana; tres siglos lloró las funestas riquezas que tanto atractivo tenían para sus opresores".

"Os enamorasteis de la libertad, deslumbrados por sus poderosos atractivos; pero como la libertad es tan peligrosa como la hermosura en las mujeres, quienes todos seducen y pretenden, por amor, o vanidad, no la habéis conservado inocente y pura como ella descendió del cielo".

"Las mazmorras encerraban, por decirlo así, pueblos enteros. Allí, amontonados unos sobre otros, los venezolanos estaban cargados de cadenas, reducidos a un nocivo y escaso alimento, y perecían en aquellos sepulcros, donde un arte perverso no permitía la entrada al aire ni a la luz".

"En medio de este piélago de angustias no he sido más que un vil juguete del huracán revolucionario que me arrebató como una débil paja".

Estratega de la argumentación

Dicen sus biógrafos que Bolívar tenía dones innatos para mandar. A pesar de su pequeña estatura, el Libertador se imponía,

más por su talento que por el temor que infundía. Pero es que era otro estratega en este sentido. Para hacer obedecer, su constante era la persuasión. No era amigo de dar órdenes sin una sustentación previa. Poco usaba el juicio del valor. Le interesaba más el juicio de verdad. Puede afirmarse que cada intervención suya, era el triunfo de la palabra. Veamos algunas muestras de su argumentación:

“Yo soy de sentir que mientras no centralicemos nuestros gobiernos americanos, los enemigos obtendrán las más completas ventajas; seremos indefectiblemente envueltos en los horrores de las disensiones civiles, y conquistados vilipendiosamente por ese puñado de bandidos que infestan nuestras comarcas”.

“¿Quién puede cambiar la esencia de las cosas? No me persuado que usted ni nadie se imagine que haya virtud mágica ni poder en hombre alguno para arrancar las pasiones de los hombres enconados entre sí, para crear caballos y mulas en un día, para transformar reclutas en veteranos, para dar agua a los desiertos, allanar las montañas y sacar víveres del maná. Creo que nadie puede hacer estos milagros y yo menos que otro alguno”.

“La posición de los moradores del hemisferio americano ha sido, por siglos puramente pasiva; su existencia política era nula. Nosotros estábamos en un grado todavía más abajo de la servidumbre, y por lo mismo, con más dificultad para elevarnos al goce de la libertad. Permítame usted estas consideraciones para establecer la cuestión. Los estados son esclavos por la naturaleza de su constitución o por el abuso de ella”.

“La libertad indefinida, la democracia absoluta, son los escollos a donde han ido a estrellarse todas las esperanzas republicanas. Echad una mirada sobre las repúblicas antiguas, sobre las repúblicas modernas, sobre las repúblicas nacientes; casi todas han pretendido establecerse absolutamente democráticas, y a casi todas ellas se les han frustrado sus justas aspiraciones”.

Una constante moral

Lo que importa en la prosa de Bolívar no es solo la claridad. Todo cuanto dice, tiene forma, tiene fondo. Pero además, campea en sus escritos un insobornable deseo por salvaguardar la moral. El juego limpio, el bien público, el bienestar de la sociedad, la abolición de la injusticia, de la ignorancia y de la esclavitud, todo lo que propenda por la liberación total del hombre, es lo que cons-

tituye su obsesión. “El estilo es el hombre”, ha dicho Buffon para referirse, no solo al hecho literario sino también al noble deseo, a la solidaridad de lo que se dice. Suyo es también el espíritu de la frase anterior. Veamos también algunas muestras de este hecho: “Si no hay un respeto sagrado por la patria, por las leyes y por las autoridades, la sociedad es una confusión, un abismo. Es un conflicto singular de hombre a hombre, de cuerpo a cuerpo”.

“Me atrevo a instar con encarecimiento a los legisladores, para que dicten leyes fuertes y terminantes sobre esta importante materia. Todos hablan de responsabilidad, pero ella se queda en los labios. No hay responsabilidad, legisladores; los magis trados, jueces y empleados abusan de sus facultades, porque no se contiene con rigor a los agentes de la administración, siendo entre tanto los ciudadanos víctimas de este abuso”.

“Tengo mil veces más fe en el pueblo que en sus diputados. El instinto es un consejero leal; en tanto que la pedantería es un aire mefítico que ahoga los buenos sentimientos”.

“Considerad, legisladores, que la energía en la fuerza pública es la salvaguardia de la flaqueza individual, la amenaza que aterra al injusto, y la esperanza de la sociedad. Considerad, que la corrupción de los pueblos nace de la indulgencia de los tribunales y de la impunidad de los delitos. Mirad, que sin fuerza no hay virtud; y sin virtud perece la república”.

“No hay buena fe en América, ni entre las naciones. Los tratados son papeles; las constituciones libros; las elecciones combates; la libertad anarquía; y la vida un tormento”.

El valor intrínseco

Otras de sus consignas fue la de buscar la igualdad entre los hombres. Pero esta igualdad, debía estar refrendada por el talento, por el valor intrínseco de las personas. Por eso, abolió los títulos nobiliarios. Para él los privilegios heredados no tenían razón de ser. Quería promover al hombre pero sin acudir a factores sociales, políticos o económicos. No entendía él más palanca que la del conocimiento objetivo. Esto lo repetía de modo permanente, como se ve en estos dos fragmentos:

“No se exigen sino capacidades, ni se necesita poseer bienes, para representar la augusta función del soberano; mas debe saber escribir sus votaciones, firmar su nombre, y leer las leyes. Ha de

profesar una ciencia, o un arte que le asegure un alimento honesto. No se le ponen otras exclusiones que las del crimen, de la ociosidad y de la ignorancia absoluta. Saber y honradez, no dinero, es lo que requiere el ejercicio del poder público”.

“Que los hombres nacen todos con derechos iguales a los bienes de la sociedad, está sancionado por la pluralidad de los sabios; como también lo está, que no todos los hombres nacen igualmente aptos a la obtención de todos los rangos; todos deben practicar la virtud y no todos la practican; todos deben poseer talento y todos no lo poseen”.

Propulsor de la educación

Ninguna empresa que significara la exaltación del hombre le fue indiferente. Como venimos reiterándolo en este trabajo, su deseo fue el de que todos los hombres tuvieran, no solo bienestar material sino, y por sobre todo, un patrimonio cultural. El analfabetismo, le merecía, no solo preocupación sino censura. Así se infiere de este párrafo: “La esclavitud es la hija de las tinieblas; un pueblo ignorante es un instrumento ciego de su propia destrucción. La ambición, la intriga, abusan de la credulidad y de la inexperiencia, de hombres ajenos de todo conocimiento político, económico o civil...”.

Por medio de un decreto de 1820 ordena la creación de escuelas primarias en todos los lugares. Así mismo prohibió que hubiera exclusiones o favoritismos. Los indígenas y los negros, que siempre han sido marginados, también podían asistir.

Pero no sólo fomenta copiosamente la instrucción primaria. Igualmente la impulsa en el plano secundario y el universitario. Funda también normales y para ello trae al gran educador inglés José Lancaster. Un apologista suyo, no se equivoca cuando afirma que Bolívar se adelantó a su época en materia de educación. Impulsó el conocimiento científico, y lo puso al servicio de la sociedad.

Quiso ejercer una de las más sublimes tareas como es la de educar. Así lo expresa en el siguiente trozo:

“Pluguiera el cielo que me hubiese sido dado propagar la luz de la verdad y de las ciencias en todos los espíritus, para que no nos descarriásemos del camino de la virtud y no cayésemos en la sombra del error y de la ignorancia. Pero desgraciadamente el estado de las cosas no me lo ha permitido”.

Un suramericano integral

Como pocos, Bolívar fue también un suramericano integral. Nadie tuvo como él una concepción exacta de la jurisdicción de donde provenía. Sabía que en un sentido restringido era caraqueño. Pero que en un sentido lato era suramericano, y se ufanaba de ello. No incurría en esa falta de personalidad geográfica, tan común hoy, en quienes le endilgan todo el continente a los americanos del norte, como si nosotros no formáramos parte de una vasta región que consta de tres pedazos.

“Someto a usted algunas observaciones que, en cierto modo, pueden justificar la conducta de los habitantes de la Nueva Granada y que, tal vez, arrojarán luz sobre el éxito posible de la contienda entre las fuerzas españolas y granadinas. Como suramericano, me siento en cierto modo obligado a referir algunos hechos que versan sobre la naturaleza de nuestras guerras intestinas”.

“En una carta al editor de The Royal Gazette”, le dice: “Como hijo de la América del Sur yo no puedo ver con indiferencia los terribles acontecimientos que han ocurrido en el país que me vio nacer; es deber mío, por consiguiente, no permitir que la importante cuestión que tan directamente concierne a las desgracias de la América del Sur, sea únicamente tratada desde solo un punto de vista, el que se refiere a la sangre que, tan abundantemente, se ha derramado y sigue derramándose en aquellas comarcas que han estado y están luchando todavía por su independencia”.